



Comentario

Iglesias de Chiloé: expresiones de patrimonio con valor excepcional

María Dolores Muñoz Rebolledo.
 Arquitecta, dra. en Arquitectura y
 Patrimonio y profesora titular
 Universidad de Concepción

Desde 1972, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) promueve la identificación, protección y preservación del patrimonio cultural y natural considerado de valor excepcional para la humanidad. Chile contribuye con el Parque Nacional Rapa Nui (1995), Iglesias de Chiloé (2000), Barrio histórico de la ciudad portuaria de Valparaíso (2003), Oficinas salitreras de Humberstone y Santa Laura (2005), Ciudad minera de Sewell (2006), Qhapaq Nan - Sistema vial andino (2014) y el Asentamiento y momificación artificial de la cultura chinchorro en la Región de Arica y Parinacota (2021).

El archipiélago de Chiloé se originó por procesos geológicos de derretimiento glaciar, con el agua de los hielos inundando zonas bajas mientras las corrientes marinas erosionaban los montes, separando a Chiloé del territorio continental y generando al archipiélago compuesto de unas 40 islas, algunas deshabitadas. Se destaca la Isla Grande de Chiloé, con 180 Km de longitud y una superficie de 8.344 km², que la definen como la mayor isla de América del Sur, después de Tierra del Fuego.

El archipiélago era el territorio vital de chonos, huilliches y

otros pueblos nómadas del mar que se desplazaban navegando por su accidentada geografía. Desde 1540 embarcaciones españolas recorrieron parte de su litoral y el año 1558 arribó la primera expedición desde tierra firme, cruzando el canal de Chacao, para iniciar la colonización española de la lejana provincia de Chiloé que fue incorporada al territorio chileno con el nombre de Nueva Galicia.

En 1567, Martín Ruiz de Gamboa fundó Santiago de Castro y construyó la primera iglesia del archipiélago, prólogo de un singular proceso de evangelización mediante un sistema itinerante —misiones circulantes— que se adaptaba a la fragmentación del territorio, la dispersión espacial de los pueblos indígenas y sus ritos organizados en función de los ciclos naturales.

La forma de colonización instaurada por los jesuitas, permitió transformar al archipiélago en un territorio simbólicamente ordenado por una serie de capillas que, además de su función religiosa, eran refugio frente las tormentas, lugares de pausa y descanso en la arriesgada navegación por los canales, referencias orientadoras en la vastedad y espacios de encuentro cultural entre indígenas y misioneros.

Las capillas construidas en los bordes de las islas eran visibles desde el mar, considerado hasta hoy como el elemento ordenador de la vida en el archipiélago. Por esto, las capillas determinaban los puntos de detención de las misiones circulantes y eran refugios ante el clima riguroso y la compleja navegación en aguas con fuertes corrientes. Los informes coloniales subrayan que el

peligro aumentaba porque navegaban en ligeras embarcaciones de madera que debían sortear violentos vaivenes originados por el oleaje y la fuerza de los vientos.

Las misiones circulares eran fundamentales para colonizar un territorio lejano y despoblado. Fueron origen de asentamientos, cuya población creció espontáneamente alrededor de las iglesias. Los núcleos urbanos que se desarrollaron junto a las capillas misionales todavía conservan las explanadas para procesiones utilizándolas como plazas.

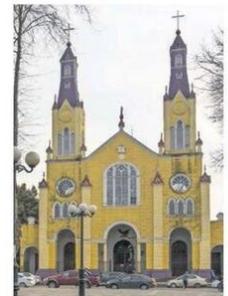
Las iglesias o capillas misionales —compuestas de tres naves, coro y atrio cubierto— son volúmenes simples, de proporciones rectangulares, cubiertas a dos aguas y torres que, en conjunto definen un modelo de arquitec-



Capilla Detif.



Capilla Aldachildo.



Iglesia San Francisco de Castro.



Capilla Chonchi.



tura religiosa, valorado a nivel global. Se edificaron en madera —principal material de construcción en islas cubiertas de bosques— con piezas unidas por tarugos y cuñas de madera. Este singular sistema, con ejemplos notables como la iglesia de Achao que no tiene clavos, se explica por la destreza de los artesanos huilliches, quienes utilizaban las mismas técnicas que empleaban para construir sus dalcas o embarcaciones y según el diseño de los misioneros jesuitas que ha-

bían estudiado carpintería en los talleres de la hacienda Calera de Tango.

Las torres proclamaban la presencia de las iglesias chilotas, permitiendo que fueran visibles desde lejos; así, se perfilaban en el paisaje marino asumiendo la función orientadora de faros emblemáticos y se alzaban como símbolos de la evangelización y dominio espiritual pero también como las principales referencias culturales en la vastedad del paisaje natural.